

LA VISIÓN ROMÁNICA (EL VIEJO ARAGÓN Y SUS REYES)

por Javier Sauras Viñuales
de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza.

Señor Presidente de los Obreros de San Pedro el Viejo.
Señor Párroco.
Autoridades.
Señoras y Señores.

Agradecí mucho la invitación de la Asociación de Obreros de San Pedro el Viejo para venir a hablarles, por un lado para recordar el legado de nuestros reyes de la dinastía ramirensa, y por otro de mi visión sobre el Arte Románico; y señalo el Término VISIÓN porque es, quizá, uno de los movimientos estéticos que más producen ese efecto fascinador sobre los sentidos y el espíritu. Una visión que remueve el interior del espectador y le hace llegar el aliento de algo desconocido y misterioso, para algunos de lo sobrenatural.

Soy escultor y fui profesor. Mi vida ha estado dedicada al Arte y a la lucha por mejorar la sociedad con la mejor herramienta, que es la Educación.

Aquí, hoy, estoy en mi elemento primordial, (y lo digo con humildad), en un punto del círculo personal, que une el principio con un fin, que por mi edad, ya no es algo lejano.

He vuelto a la casilla de salida, porque nací aquí al lado, en el número 16 de la calle de Goya, el antiguo Alpargán, y fui bautizado en este querido templo hace setenta y seis años. Esta situación es lo que se puede entender como Ouroboros; y hace poco recordé que a los trece años, el 9 de octubre de 1957 participé, como portador de antorcha, en la comitiva de inhumación de los restos de Don Ramiro II el Monje.

Mi reflexión sobre el Arte Románico no será la de un historiador, ni la del arqueólogo. Surge desde el interior del fenómeno, de las técnicas y trabajos, porque mi formación académica es la de escultor, pues me licencié en la Escuela Superior de Bellas Artes de Sant Jordi de la Universidad de Barcelona en los años sesenta del pasado siglo.

Mi vinculación con el arte medieval viene desde la niñez, pues desde edad muy temprana me sentí atraído por el y, como oscense, tuve la suerte de tenerlo muy próximo.

He leído, visitado, estudiado sobre este movimiento artístico desde aquellos lejanos años, aunque mi formación académica no estuviera sometida al rigor,

ni al sistema científico de los historiadores. Así pues mi criterio puede incurrir en el vicio de la subjetividad y de la pasión irracional. No obstante tengo derecho a tener esa óptica y creo que también desde el error, o desde el capricho, se puede aportar a los demás algo positivo; y contagiar pasiones.

Puede parecer sorprendente, pero debo reconocer que ni una sola idea de lo que expongo es original mía, y que incluso aquellos detalles que en principio creí ocurrencias propias, fui descubriendo que ya habían sido formuladas. Y esto es así porque muchas y grandes figuras han reflexionado y se han sentido seducidas por el Románico, desde el siglo XIX. (Focillon, Malraux, Sureda, Buesa, García Omedes, etc).

Nada de lo que voy a decir es original. El Arte Románico ha suscitado tal cantidad de estudios, tal curiosidad, que creo que ya ningún aspecto de su carácter nos es desconocido.

Se han formulado toda clase de reflexiones sobre su imagen que no se nos oculta nada. Pero esto es una idea errónea. El Misterio del Románico sigue intacto y las alternativas sobre su interpretación, las diversas combinaciones conceptuales que ofrecen sus rasgos, abren caminos inesperados y siempre aparecerán inquietantes imágenes nuevas sobre su arcano sin límite.

Supongo que los estudiosos de etapas artísticas diferentes pueden alcanzar la misma sensación; pero yo no veo en el arte Neoclásico, en el Barroco, en el Romanticismo e incluso en el Gótico, por mencionar cuatro épocas muy distantes, la misma emoción, el escalofrío mineral, el aliento divino que el Románico nos hace afrontar con absoluta mano de hierro.

Para mi, el Arte Románico es una mole de piedra, un Gólgota horadado, cuyas aberturas angostas hacen fluir una Luz misteriosa que, cíclicamente, arroja su foco sobre inesperadas imágenes de lo divino. Escenas, si, de lo divino que es absolutamente humano. André Malraux en sus *Antimemorias* recoge el comentario de Nheru: *Todo hombre va hacia Dios mediante sus propios dioses*. Esta reflexión hindú nos ratifica que a lo universal se llega desde lo particular; que la humilde presencia humana en el sitio mas remoto o apartado, hace sentir al hombre en el espacio universal. Los dioses se ven en nosotros mismos, y nuestro reflejo en el espejo es ya una imagen divina.

Familias huyendo a Egipto, Reyes Magos, majestades que están a punto de juzgarnos, hembras lúbricas de cabellos rizados, contorneándose en danza seductora, guerreros que degüellan niños. Escenas de diorama carentes de expresión sensible, cuadros que imprimen a fuego sobre nuestro espíritu ideas de acero que estructuran la fe.

La vieja fe indiscutible del buen cristiano que cristaliza y se incrusta en el corazón del hombre, dictándole normas útiles, instrumentales, para sobrevivir en un mundo proceloso y de límite incierto.

Hace unos años supe que hay un estudioso japonés, Akira Katsumine, que califica el Arte Románico como el *Arte de Dios*, y quizá sea este uno de los conceptos o interpretaciones mas acertados.

Los orígenes de un arte siempre son oscuros, hay que investigar sus fuentes y su momento cronológico. En el caso del Románico se pueden rastrear

muchos antecedentes: arte tardo romano, germánico, celta, iconografías importadas de Asia Menor por los cruzados, Bizancio, la antigüedad clásica, la red de venas que extendió Cluny en Europa, etc. Pero la amalgama de todos esos elementos fermenta un volumen nuevo, diferente, un cuerpo mineral que destila muda fe, como roca henchida de lluvia.

El arte Románico, como estilo, influyó de manera profunda mediante una pieza fundamental: la imagen maciza de templo - fortaleza. La arquitectura religiosa y defensiva en forma prismática compacta viene de la estampa románica de iglesia bloque fortificada, y llega a su cenit simbólico en los *cracs* que levantaron los cruzados en Asia Menor. Y desde Palestina, Irak, Líbano, Siria y Turquía, también en recorrido inverso, muchos elementos decorativos y constructivos de oriente medio vinieron al Románico, desde los lugares donde se había formado el primer cristianismo, y su arte: cruces, peces, jinetes, acantos y flores, fieras, y La Copa de la Cena.

Por supuesto el templo románico necesita iluminar su interior, pero su aspiración es al bloque macizo, es decir, toda esa construcción no pretende todavía el crecimiento arbóreo del Gótico, ni la exhibición arquitectónica, ni la sublimación escolástica espiritual, sino el retorno al origen de la propia materia. El arte gótico buscó en siglos posteriores, en un alarde, el crecimiento orgánico y la sublimidad; pero el Románico, por el contrario, desea siempre volver a la roca, al alma o esencia telúrica, y por ello tiene ese poder sobrehumano, esa capacidad para expresar el Apocalipsis y el fin de los tiempos, que, en definitiva, aunque incógnitos, serán un azar nuevo para el espíritu, a través del caos y la transformación fuera ya de cualquier medida.

Pensamos que sólo nosotros ahora podemos ser la Modernidad. Nuestra ignorancia y egocentrismo nos hace recurrir a símiles anacrónicos, uno de ellos es, repito, la dichosa Modernidad. Pero esta, como concepto fijo, no puede concebirse, su uso contemporáneo es abusivo, porque en todos los tiempos ha habido esfuerzo por mejorar. Lo que hoy vemos como un opaco universo de fanatismo religioso, un bloque de ignorancia que copaba toda la sociedad alto medieval, en su momento supuso avance hacia el futuro, progreso.

El hombre antiguo necesitaba espacios íntimos para la espiritualidad. Desde las cuevas del paleolítico, desde la caverna platónica, desde la gruta que usaron los legionarios romanos en su culto a Mitra, a la roca del Gólgota, al templo macizo de sillares labrados. Son espacios que encierran el Misterio intacto y lo entronizan en un seno monumental.

En la Alta Edad Media no se conservaba, si acaso de manera fragmentaria, la cultura arquitectónica del mundo clásico. La estética, las ideas compositivas, la técnica del labrado en piedra, la pintura, los métodos escultóricos y la anatomía de hombres y animales. Todo empezó de cero, porque el pasado grecorromano estaba olvidado desde siglos antes. El mundo arquitectónico paleo cristiano de Asia Menor y, por supuesto,

Bizancio, estaban vivos y ofrecieron modelos accesibles. Pero la escultura románica en especial tuvo que reinventar su oficio porque las técnicas clásicas de talla y labra estaban olvidadas, y esa pérdida radical tuvo que haber sido ideológica, y no atribuible a los bárbaros germánicos, porque Bizancio también la sufrió. No existía ya la maestría grecorromana en la labra del mármol ni en la fundición de bronce, y menos el dominio de la anatomía, en los siglos VI, VII y VIII. Había sido un colapso interior en los imperios de Oriente y Occidente lo que produjo ese abandono casi súbito, por lo que nos induce a asignar el motivo a la oficialización política del cristianismo desde Teodosio.

La construcción de edificios fue tomando forma, y la escultura, tanto mural como exenta, amaneció severa, pero no hierática, como ocurriera quince siglos antes en el arte griego arcaico. La escultura románica y toda la construcción aspira a la formación de un bloque edificativo, de un orden cristalino, mineral. El edificio siempre envuelve y encierra al hombre, al fiel.

La búsqueda de apariencia naturalista no es una prioridad, es un error suponer la tosquedad del arte Románico, es así porque la representación, para aquellos artistas, sigue un propósito narrativo, tan simbólico como la escritura. Próximo a ella.

El arte Románico debe enseñar al que no sabe, porque el fiel es ignorante; ha de describir con imágenes un relato escrito para que el iletrado aprenda el contenido del Texto bíblico, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Afrontar este arte es chocar con una aparición espiritual elocuente, quizá muy austera, pero que nutre el conocimiento y mueve el espíritu, dentro de un programa evangelizador. Aquella no fue una época de oscuridad, sino sedienta de luz.

Dice Cristo en el poema de Juan: *Ego sum Lux mundi*, Soy la Luz del Mundo. La Visión que se revela. El obispo inglés Robert Grosseteste, en su *Hexaëmeron*, libro de ciencia física escrito hacia 1240, pronuncia las palabras más altas y quizá místicas sobre el fenómeno: *La luz es bella en sí misma, porque su naturaleza es sencilla y lo abarca todo. La naturaleza de la luz es tal, que su belleza no se realiza en el número, ni en la medida, ni en otra cosa, sino en la contemplación de todo ello.* *Haec lux per se pulchra est, quia eius natura simplex est, sibi que omnia simul. Lucis natura huiusmodi est, tu non in numero, non in mesura, non in pondere aut alio, sed omnis eius in aspectu gratia fit.*

Sin academias ni normas de organización compositiva, edificatoria y anatómica, es un enigma cómo en tan extensa parte de Europa pudo surgir un arte lleno de semejanzas, con un nuevo tratamiento de los edificios, las proporciones y las figuras. En ese momento no interesaban los cánones del antiguo clasicismo, ni la recreación de la anatomía, sino una representación de imágenes que, casi rozando lo grotesco, aparece dotada de enorme fuerza, con un lenguaje sintético y simbólico en alto grado. Sin evidentes propósitos hacia la búsqueda de la plenitud estética, ya que el impacto de la iconoclasia bizantina había sembrado sus prejuicios por toda la cristiandad;

su desamor por la belleza borró el recuerdo y apagó la sed por el arte clásico.

La inspiración de los maestros románicos parece beber más en imágenes arquetípicas, como el Apocalipsis, la Creación, la Madre Suprema e incluso el mundo de las Sombras, que en los modelos de la remota cultura clásica. Debo recordar al maestro Ortiz Osés, natural de Tardienta, que tanto sabía de arquetipos, y que nos dejó hace pocos días. Y también a Camón Aznar, que haciéndose eco de Francisco Maldonado, hablaba de que *“había que interpretar los monstruos como reptiles de la conciencia, como angustiadas visiones del mundo interior, porque brotan de nieblas mentales, son de trazo retráctil y transparente, crecen y se deforman según las voces tenebrosas de la intimidad.”*

La rápida propagación románica por el suelo europeo podría explicarse, a pesar de la escasez de maestros de obras, de canteros y tallistas, casi ubicuos, porque aquellas gentes viajaron más de lo imaginable. Estas cuadrillas de obreros, ilustradas por los monasterios, extendieron en Occidente un corpus estilístico unitario y coherente, sin más principios que sus normas gremiales de técnicas y organización. Pero encontraron un nuevo camino. El nomadismo y la peregrinación son venas latentes del medievo. Roma, Jerusalén y Compostela, fueron metas para monjes, romeros y cuadrillas de albañiles, la génesis del Románico avanzó incrustada en sus sandalias y abarcas gastadas. *Vita est peregrinatio*.

Hasta bien entrado el Siglo XIX no se apreció la belleza del Arte Románico, tras la gran destrucción de edificios medievales habida durante los siglos XVI, XVII y XVIII. *“¡Quitadme de delante estos mamarrachos!”* (*Enlevez – moi ces magots!*) dijo Luis XIV ante Notre – Dame. Cito a André Malraux para datar la recuperación del aprecio por el arte medieval: *“El cuestionamiento de la naturaleza del arte en el siglo XIX, el fin de cualquier estética imperativa, destruyendo el prejuicio de la torpeza. El Romanticismo había redescubierto el pintoresco onírico de Notre – Dame de Paris, pero no la austera espiritualidad románica”*, que tardó más en ser valorada. En fin, esta nueva postura salvaría los monumentos góticos y poco después al arte románico. Los críticos de arte del Romanticismo descubrieron que el arte medieval no pretendía copiar torpemente al arte grecorromano, sino que tenía sus propias motivaciones estéticas, sus particulares normas y proporciones. Esos “mamarrachos” que rechazaron el Rey Sol, y muchos otros patronos de la burguesía, de la nobleza y de la Iglesia, fueron recuperados tardíamente, y gracias a su terquedad icónica, pudieron sobrevivir a la barbarie ilustrada.

Cada vez es más difícil para nosotros entender algo tan necesario como la iconografía, nuestra sociedad se ha alejado mucho de la Iglesia y cuesta saber por qué se representaron las imágenes e identificarlas. En la Alta Edad Media había muy pocos santos, pongo por ejemplo los niños mártires, Justo y Pastor, de Alcalá de Henares, cuyo rastro pasa por Huesca y que hace

años encontré representados en una insólita iglesia de Bigorre, Sain Just de Valcabrère. Edificio románico levantado con el mármol de una ciudad romana. San Pedro, que fué quizá el primer patrón de Aragón, está presidiendo los templos de Siresa, Jaca, Loarre y este mismo. Ahora nadie sabe qué sentido tienen muchos atributos como palmas, torres, ojos, pechos, aspas, ruedas dentadas, pero necesitamos seguir conociendo su significado. Orosia, Úrbez, Cristina, Nunilo, Alodia, Victorián, Vicente, Isidoro, Lorenzo, están esperando desde los altares que los conozcamos y no los olvidemos.

La nostalgia evidente por la herencia de Roma arrancó, al menos, desde Carlomagno y luego fue mantenida por casi todos los reinos cristianos occidentales. En el caso de los primitivos reyes de Aragón, y no es algo excepcional, estos monarcas ramirenses utilizaron sarcófagos romanos, gemas y camafeos romanos, anillos y sellos romanos y, sobre todo leyes. No se puede entender el medievo sin considerar que aquellos monarcas tuvieron una mirada de soslayo hacia aquel brumoso pasado, no solo mítico, sino profundamente edificante del imperio perdido.

Somos aragoneses y estamos en Aragón. No es fácil imaginar y definir lo que la formación política de aquella dinastía selló para el futuro de nuestra tierra, de nuestra identidad. Pues hay señales de esa impronta cuyas marcas llegan hasta hoy, y una de ellas es el lenguaje romance. El habla nuestra es similar a la de la franja media de Navarra, es igual desde aquí a Tafalla, casi hasta Estella. Estuvimos unidos largos siglos a Cataluña, creamos nuevos territorios con ella, el reino de Valencia, la conquista de Murcia. Se esfumaron las lenguas aragonesas pero seguimos siendo ese núcleo inicial, y con ese sentimiento o evidencia social se ha mantenido novecientos o mil años. Justo con esa seña hay otra que es el profundo arraigo del sentido de la justicia y el pacto. No se concibe Aragón sin su Derecho. Otros tienen una lengua, (a veces para abrir zanjas), nosotros tenemos un sentido jurídico, un instinto de equidad, un Derecho. Y venimos provistos de humildad también, que nos ha librado de lacras como el egoísmo separatista; que nos ha mantenido en una empresa tan universal como España, sin que hayamos perdido por ello ni un gramo del orgullo que sentimos por nuestra identidad. Los aragoneses sabemos cuales son nuestras diferencias con otras comunidades y, sin embargo, estamos con todos los demás, entera y calladamente, por la justicia, porque tenemos la virtud de ser un pueblo orgulloso y humilde. Este carácter lo debemos a estos remotos reyes que nos modelaron como entidad en la Historia. Ellos trajeron el arte románico, pues es en Aragón una forma visible de la política Real, ellos trazaron el destino de nuestro país, fueron los impulsores de nuestra esencia colectiva y remoto cimiento de España.

Como estamos aquí junto a los restos de nuestros reyes y en San Pedro el Viejo es preciso que siga señalando el significado político de su mandato transcribiendo un texto muy relevante de Henri Focillon: *Es preciso hacer*

sitio a un grupo de tímpanos aragoneses, timbrados de un Crisma enorme que se inscribe bajo la curva del arquivolta entre dos leones, o entre dos ángeles. Es una natural y feliz solución la que consiste en inscribir una circunferencia en un semicírculo y amueblar las esquinas con dos figuras simétricas, inclinadas siguiendo la traza de los triángulos curvilíneos. El tímpano, concebido como el Sello de Dios sobre la iglesia, ha encontrado en Aragón su expresión absoluta y directa. Para mi, ese sello divino es también el símbolo supremo del poder político del monarca.

En fin, si antes hablé de Luz, quiero cerrar mis palabras con la mención a una de las artes mas inútiles, la Música. Como dijo el poeta Ovidio: *Nada es más útil que esas artes que no tienen ninguna utilidad. Magis utile nil est artibus hia, quae nil utilitatis habet.*

El Arte Románico, profundamente apocalíptico, rezuma la música del Cosmos por todo su ser. La música que atruena o se hace muda entre los cuatro Seres Vivientes del poema de Juan, y esos Veinticuatro Ancianos que provistos de cálices llenos del perfume de las oraciones, afinan sus instrumentos en tantos muros y dinteles, desde Moissac al Pórtico de la Gloria de la Compostela universal.

A lo lejos, aun ahora, los peregrinos saludan y entonan un cántico nuevo, de ochocientos años, al que llaman *Ultreia*. Que ya aparece recogido en el Código Calixtino.

Ultre ia Et Sus eia, Deus adjuva nos !

¡Muchas Gracias!

Huesca, 29 de junio de 2021